

DESARROLLO Y VIDA MONÁSTICA

¿Es posible, en el contexto social de América Latina, que los monjes participen en el desarrollo?

No hay que rechazar de antemano la idea de una participación en el desarrollo so pretexto de salvaguardar su vocación específica en la iglesia. Más bien habrá que preguntarse cómo el monje, como monje puede participar en el desarrollo.

“En los designios de Dios, cada hombre está llamado a desarrollarse porque toda vida es una vocación. Desde su nacimiento, ha sido dado a todos, como en germen, un conjunto de aptitudes y cualidades para hacerlas, fructificar: su floración, fruto de la educación recibida en el propio ambiente y del esfuerzo personal, permitirá a cada uno orientarse hacia el destino, que le ha sido propuesto por el Creador” (*Populorum Progressio*, n° 15).

Todos hemos sido beneficiados del aporte de los demás en nuestro desarrollo personal y todavía estamos aprovechándolo para crecer más. Por lo tanto tenemos también que aportar algo para el desarrollo de los otros. “La solidaridad, que es un beneficio para todos, es también un deber” (*Pop. Prog.* 17).

¿Qué se entiende por desarrollo?

Significa la promoción de una mayoría, de la gran masa que vive en condiciones infrahumanas, y eso en diferentes aspectos:

- a. alimentación: es el punto más material, pero que está en la base de todo lo demás. El estómago vacío no tiene orejas.
- b. vivienda, vestidos, vestuarios
- c. formación escolar, educación.
- d. trabajo y capacidades especializadas.
- e. cultura, conocimientos variados, desarrollando la inteligencia.
- f. nociones sociales, políticas, económicas, religiosas, etc.

En resumen, se puede decir que para que el hombre pueda llegar a desarrollarse íntegramente, necesita desarrollar sus posibilidades físicas, intelectuales, afectivas, espirituales, religiosas, sociales. Y por eso necesita de los medios correspondientes.

El hombre subdesarrollado no puede participar eficazmente en la organización ni en la marcha armoniosa de la sociedad en que vive, a causa de todas las razones enumeradas. Está marginado y a veces encuentra normal ese estado.

Todo esto influye en el aspecto religioso de la vida, porque la religión también es una cultura y en relación con todo el hombre, desde la alimentación, hasta la política y el arte. Entonces es posible pensar, que si al hombre le falta desarrollo humano queda poco lugar para el desarrollo espiritual.

De allí el deber de trabajar para levantar su condición humana. En ese terreno nos encontramos, nosotros cristianos, con todos los no cristianos, haciendo el mismo trabajo y teniendo los mismos anhelos.

Pero esa convergencia no debe ocultar que la meta no es la misma para todos. Para el cristiano el fin del hombre no es la sociedad perfecta, el paraíso terrestre, sino la vida de amor con Dios.

En el desarrollo, el papel específico de la Iglesia, consiste en dar a comprender que los valores de la promoción humana son relativos a un valor superior y absoluto, que es Dios. Es lo que quiere decir Jesús: “No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios” (Mt 4). En la expresión “no sólo de pan vive el hombre”. Jesús no quiere decir que el hombre pueda pasarse sin pan. En ese sentido tenemos que pensar en la condición social de tantos hombres que tienen hambre, debemos pensar en las callampas donde ellos viven sin tener posibilidad de desarrollarse. Pero al mismo tiempo debemos pensar en la morada del cielo que Dios ha preparado para ellos y para nosotros. “El propio Dios es la razón última de la preocupación de la Iglesia en la lucha del desarrollo” (Mons. Eugenio de Araujo Sales, Medellín, doc. p. 130).

“Cristo pascual, imagen del Dios invisible, es la meta que el designio de Dios establece al desarrollo del hombre, para que alcancemos todos la estatura del hombre perfecto” (Doc. Medellín p. 94).

La promoción de la persona es una expresión que admite varios sentidos o si se quiere, un sentido de mayor o menor extensión.

A menudo se ha subrayado el equivoco en que puede caer el cristiano cuando mezcla desarrollo y evangelización o misión. No es fácil colaborar con promotores no cristianos sin arriesgarse a limitar su propio horizonte al de ellos. Así se arriesga a concientizar a la masa como un líder más. El P. Loew describiendo su experiencia en Brasil, dice lo siguiente: “Hay una palabra que se oye en todas partes de Brasil, es CONCIENTIZAR. Se requiere concientizar al pueblo. Pero uno sólo puede despertar los hombres, sacarles de sus conciencias dormidas, sin hacer de ellos fanáticos, es Jesucristo” (*Vie Chrétienne* n° 129).

Si se refiere al Evangelio, nos encontramos en un ambiente tan diferente. El mundo de entonces era religioso, todos tenían sus creencias. Parece que el procedimiento que en la historia, de la Iglesia brota del Evangelio haya seguido un camino preciso. El desarrollo humano no era visto como un elemento previo o aparte de la evangelización, sino como un elemento mismo de esa evangelización. De allí todas las obras de misericordia. El progreso de la evangelización daba empuje para obras de desarrollo humano.

Hoy vivimos en una sociedad evolucionada y secularizada, en la cual la Iglesia ya no necesita ser promotora principal, como era el caso antiguamente. El Estado o asociaciones, laicas han tomado en gran parte la dirección del desarrollo humano. El procedimiento de la Iglesia de ayer ya no es posible hoy, aunque el contenido del Evangelio sigue siendo el mismo hoy como ayer, y por lo tanto los deberes también. Es la manera de actuarla que ha cambiado, no el fondo. La Iglesia ya no es tutora de una civilización que ella haya organizado. Es perder el tiempo querer mantener el prestigio del pasado en ese dominio. Hay que reconocer que el papel de la Iglesia hoy día ya no es el de organizar, sino servir. Su influencia no puede ser otra que la de levadura en la masa. Esa situación concreta de la Iglesia de hoy es determinante en su manera de trabajar en el desarrollo, trabajo más humilde, más discreto, trabajo de servicio. Pero todo eso es también más cerca del Evangelio, del ejemplo que dio Cristo en su vida. Sabemos que el desarrollo humano dado por el Estado o las asociaciones laicas, hoy día, a menudo ya no contiene una orientación cristiana o religiosa, sino que tiene su fin en sí mismo. Por, eso la presencia de la Iglesia, por ese servicio más humilde, puede ser un instrumento eficaz para atraer los hombres hacia Dios e impregnar el desarrollo con el espíritu cristiano para que el hombre pueda crecer al mismo tiempo en su vida humana y en su vida con Dios.

Los monjes

En ese contexto del mundo actual y de la Iglesia, ¿qué es de los monjes? ¿Sería el desarrollo para ellos únicamente un asunto de oración o también una realidad de participación dentro de los límites de su propia vocación?

Las relaciones de los monjes con la sociedad son múltiples. Es preciso pues decir ante todo que el monje hace parte de la sociedad. Todos los hombres son relativos los unos a los otros sépanlo ellos mismos o no. Lo mismo es cierto en el seno de la Iglesia, de una manera más profunda todavía. Con Cristo y con su Iglesia, el monje quiere que todos los hombres se salven, es decir que el Evangelio y la vida según el Evangelio llegue hasta los hombres para que ellos puedan en conocimiento de causa, tomar libremente posición por o en contra de él.

Es a partir de este aspecto que se puede buscar, con más seguridad, la manera cómo, el monje puede participar en la promoción humana y en el desarrollo.

¿Cómo el monje puede participar en esta manifestación del Evangelio?

El único texto de Medellín sobre los contemplativos dice lo siguiente: “El testimonio del mundo futuro se manifiesta de un modo especial en la vida contemplativa que es una presencia y una mediación del misterio de Dios en el mundo. Le corresponde un gran papel en la situación latinoamericana, ya que los contemplativos con su vida de fe y de abnegación invitan a una visión más cristiana del hombre y del mundo” (Medellín 12,5).

Ese texto habla del apostolado de los monjes. El monje es ante todo apóstol, como todo cristiano, con su vida diaria, en la medida que ésta responda a las exigencias bautismales y por lo tanto evangélicas. Apostolado discreto no buscado, pero real y en todo caso a la raíz de todo el resto.

Pero lo es también por su vocación en la Iglesia. ¿Cómo el monje manifiesta ese mundo futuro, del cual habla Medellín? Ciertamente primero por su vida de oración. Aquí se puede aplicar al monje lo que dice Roqueplo del hombre de fe: “Estar ante Dios y tal es la situación primordial del hombre en oración. Ahora bien, la corriente siempre acelerada del mundo contemporáneo no favorece, por el contrario, la puesta en esta situación. Por eso es preciso subrayar cuán importante es que el hombre de fe haga una experiencia de Dios, que se alimente y se sacie a menudo de eternidad divina y que pueda, sin dejar el mundo, ser testigo de la plenitud, un profeta de lo absoluto” (*Foi d'un mal croyant*, pág. 310).

A primera vista el texto de Medellín deja la impresión de que el monje es o debería ser un cristiano desarrollado. Eso significa que él debe vivir los valores humanos y terrenales como verdaderamente dependientes de Dios, como ya se dijo más arriba, y eso en todos los aspectos de la vida. Entra en juego también la pobreza. José M. González Ruiz en su pequeño libro “Pobreza evangélica y promoción humana” dice lo siguiente: “El eclipse de Dios que de una manera tan alarmante se ha producido en el seno mismo de las viejas cristiandades, se debe indudablemente a este espesor de la riqueza y el poder que con su densa opacidad han destruido la transparencia divina de la Iglesia” (p. 108).

Pero la realidad de Dios, el mundo futuro está siempre vinculado con la vida de aquí abajo y especialmente con la caridad, que es la virtud que no pasará. En ese sentido el mundo futuro se prepara y empieza en este mundo. Este mundo, de aquí abajo, como lo sabemos es un mundo en que los contrastes entre la vida de unos y la de otros, son grandes y que contradicen fundamentalmente el amor fraternal que Cristo nos ha traído. El monje es parte de ese mundo, él no puede ignorarlo, no puede hacer abstracción de él. La contemplación engendra normalmente el amor en el corazón del monje, inquietud por los demás. Un aspecto de ese amor es la

participación en el desarrollo. La abnegación invita a una visión más cristiana del hombre y del mundo, de la cual habla Medellín, es una alusión a esa caridad que hace que el centro de interés para el monje ya no se encuentre en si mismo, sino en Dios y en los demás.

A partir de esa visión se puede plantear la manera concreta para colaborar en el desarrollo con obras en armonía con la vocación monástica.

Las opciones para la participación en el desarrollo deben hacerse en función de los seis puntos enumerados al principio. Por lo tanto las maneras pueden diferir según las posibilidades de cada monasterio y según las necesidades locales.

Para nosotros, Hermanos de la Virgen de los Pobres, parece que el trabajo sea el más adecuado. Nos veríamos bien, como asalariados, en un organismo de desarrollo, como existen en Chile. Es una obra directamente social, filantrópica, con una dimensión de caridad más auténtica que si se trabajara por si mismo y haciendo después limosnas.

En el aspecto espiritual, cuando hay visitas, se puede orientar la oración comunitaria y adaptarla de manera que sea más comprensible a los que vienen a orar con nosotros. Ellos deben sentir que la oración monástica es la oración de la Iglesia y por lo tanto la de ellos también.

Para casi todos los monasterios existe una manera de trabajar en el desarrollo. Es en las relaciones con las personas de afuera, especialmente con la gente pudiente, que frecuentan los monasterios. En el aspecto económico y material, a esa gente les sobra y a veces viven con demasiadas comodidades. Sin embargo, los hay que son terriblemente subdesarrollados desde el punto de vista cristiano. Tienen una visión parcial de la religión, a la cual falta la dimensión social del amor fraternal. ¿Qué, hacen los monjes en sus conversaciones con ellos? ¿Han tratado de despertar la conciencia de esa gente? ¿Les han ayudado a descubrir la verdadera dimensión del amor a Dios y a los demás? ¿Les han dicho que Dios está presente en todo ser humano y que ante Él somos todos iguales? Tantas preguntas y otras con que se puede abrir horizontes a los demás y ensanchar su corazón.

Colin - Chile